

SERMON

DE SAN ANTONIO DE PADUA.

(DE GONZÁLEZ.)

SAN ANTONIO OPUSO Á SUS PASIONES LA MORTIFICACION, Y Á LOS ESCÁNDALOS EL EJEMPLO DE SUS VIRTUDES.

Sint lumbi vestri præcincti, et lucernæ ardentes in manibus vestris.

Tened ceñidos vuestros lomos, y antorchas encendidas en vuestras manos.

S. Luc, c. 12. v. 35.

Toda la felicidad ó desgracia del hombre depende del fatal momento de la muerte. Ninguno pereceria, al ménos de los verdaderos creyentes, si supiéramos con certidumbre cuál habia de ser el dia y la hora en que finalizara nuestra vida mortal; mas el Señor, que justamente celoso quiere para sí todos los instantes de nuestra existencia, tiene determinado que sea incierto para todos el tiempo de su fin, y por eso nos encarga con el mayor esmero que velemos y estemos dispuestos para la muerte, si queremos asegurar nuestra felicidad eterna. Cualesquiera que sean las circunstancias de nuestra muerte, ya sea natural ó violenta, repentina ó prevista, en la juventud ó en la vejez, en la riqueza ó en la miseria, como estemos dispuestos, nuestra dicha es infalible, pues así lo asegura el Salvador. Á pesar de esto nuestras pasiones excitadas por los funestos escándalos, que por do quiera se nos presentan, nos arrastran como con una fuerza irresistible al pecado y al infierno. Tal es nuestra des-

gracia en esta parte, que el Apóstol prorrumpla en lamentos contra la violencia de las pasiones, y el Salvador contra los fatales efectos del escándalo; y nosotros vivimos como si no tuviéramos semejantes enemigos, sin armas, sin precauciones, sin auxilio alguno para vencerlos. Ah! no es esto una verdadera locura? no es un crimen imperdonable? Cuando nuestro divino maestro procura animarnos á la pelea, á la victoria, á la vigilancia, proponiéndonos en el Evangelio con que la iglesia honra la memoria de san Antonio de Padua la inefable grandeza de los premios eternos, nos exhorta primero con un celo prudente á la lucha continua con tan terribles enemigos. *Sint lumbi vestri præcincti*, nos dice, *et lucernæ ardentes in manibus vestris*: ceñid vuestros cuerpos con el cingulo de la mortificacion para refrenar vuestras pasiones, y llevad en vuestras manos las brillantes antorchas de las virtudes, para oponeros al ímpetu violento de tantos escándalos.

El exacto cumplimiento de este precepto hizo perfecto á nuestro santo: Antonio trabajó por vencer sus pasiones y opuso constantemente el ejemplo de sus heroicas virtudes á los escándalos del mundo. La demostracion de estas verdades me dará suficiente materia para formar su elogio y exhortaros á su imitacion. No me esmeraré en parecer elocuente, si solo ministro del Evangelio, y un padre que nada procura con tanto ahinco como el bien de sus hijos. Ojalá que yo tuviera el espíritu, el fervor, el celo, la unción y sabiduría de nuestro santo! mas el Señor dará toda la eficacia necesaria á mis palabras, si se lo pedimos por la mediacion de la reina de los ángeles. *Ave Maria.*

No puede dudarse que son muy grandes los bienes que Dios tiene reservados para premio de la virtud; pero no son pequeñas las dificultades que tenemos que vencer para conseguirlos. Toda nuestra vida es una guerra continuada, en que debemos pelear incesantemente contra unos enemigos en sumo grado poderosos, y empeñados con el mayor teson en derribarnos para envolvernos en su desgracia. Algunos de estos nacen con nosotros, nos acompañan á todas partes, habitan en nuestro interior; otros nos vienen de fuera, pero no por eso son ménos temibles: los primeros son las pasiones; los segundos los

malos ejemplos que el mundo nos ofrece. Unos y otros son demasiado astutos, malignos y fuertes, y no lograremos vencerlos sino por un esfuerzo y un empeño superiores: unos y otros nos hacen la guerra sin cesar, y para triunfar de sus ardidés es necesaria una vigilancia constante y nunca interrumpida. Dichoso el que trabaja con resolución sin darles tiempo á una sorpresa! feliz el que está siempre alerta, siempre fortalecido, siempre dispuesto, no solo á defenderse sino á presentar la batalla en las ocasiones dictadas por la prudencia! este tal triunfará seguramente, y á su triunfo no puede ménos de seguirse el premio y la corona segun las infalibles promesas del Señor.

No es del caso detenernos á examinar cuál de estos enemigos es el mas terrible y formidable; diré sí que, siendo las pasiones demasiado fuertes por naturaleza, como cada uno lo experimenta dentro de sí mismo, aumentan en tal grado sus fuerzas si no se refrenan y contienen en los principios, que es necesario todo el poder de la gracia divina para destruirlas. Prueba de esto la dificultad casi insuperable que experimentan los pecadores envejecidos para abandonar el camino de los vicios; como tambien la resolución con que triunfan de ellas siempre ó casi siempre los que desde la mas tierna edad se han acostumbrado á mortificarlas y contradecirlas.

Así el héroe cuya memoria celebramos no bien empezó á conocer el ardor de sus pasiones, cuando se dedicó á sufocarle por todos los medios posibles. Lisboa le vió nacer en el año de 1195, y casi puede decirse que desde aquel momento le vió hacerse á sí mismo la guerra mas cruel y obstinada, no pudiendo ménos de admirar semejante conducta en una edad en que por lo comun carecen los demas hombres, no solo del valor necesario para semejante batalla, sino hasta de su conocimiento. Nada puede decirse en verdad de su niñez, porque nunca fué niño. Enemigo siempre de la ociosidad, origen funesto de todos los vicios y fuente corrompida en que, por un criminal descuido de los padres, beben hasta saciarse los inocentes parvulitos toda especie de pecados; educado en el templo ó iglesia catedral en el temor y en la sabiduría del Señor, y alternando con sus maestros en las oraciones y lecciones espirituales, aprendió á ceñirse la carne segun la expresion de Jesucristo, y á los quince años de su edad se valió para esto de la correa de

san Agustin. Vedle ya enemigo declarado de sí mismo, y peleando con indecible valor contra las tres pasiones mas violentas, en las que se comprenden todas las demas. En el voto de obediencia se niega á sí mismo, mortifica su voluntad propia, y declara una guerra sangrienta y continuada á la soberbia de la vida; en el de pobreza se desprende de cuanto posee y puede poseer en el mundo, pone un duro freno á todos sus deseos, y promete pelear contra la concupiscencia de los ojos; en el de castidad reprime todos los movimientos de la carne, renuncia y aborrece todas las delicias, y hace una promesa solemne de ahogar los ímpetus de la lujuria ó concupiscencia de la carne. Este ángel en especie humana huye del mundo, de un mundo que es indigno de poseerle, para buscar el cielo que le está destinado: deja la suntuosidad del palacio por la pobreza de su celda; la delicadeza de los manjares, el lujo del vestido, el aparato exterior por el ayuno, por el cilicio y la disciplina; deja los criados que le servian en casa de sus padres y se dedica él á los mas bajos ministerios en el convento. Dije ántes que era un ángel, pero me equivoqué; es un hombre empleado exclusivamente en crucificar la carne con todos sus deseos. Ah! rásguense ó háganse transparentes las paredes de su celda, que ocultan á la humana vista el ejercicio de las mas sublimes virtudes; admírense los religiosos sus hermanos, considerando en un niño que habia salido apénas de la infancia el heroísmo que rara vez alcanzan los hombres envejecidos en la práctica de la mas austera penitencia; procuren alabarle, engrandecerle, publicar lo poco que saben de su piedad; él como maestro mas instruído les hará ver en cambio cuán despreciables son los elogios para el justo, cuán terribles la vanidad y todas las pasiones.

Es indecible cuántas dificultades se oponian á su resolución de abandonar la corte, pero él supo desvanecerlas todas. Como si la vista del palacio, la opulencia de su casa, los elogios de los suyos, y las diversiones de Lisboa fueran capaces de llamar su atención ó arrebatarse sus sentidos, y temiendo acaso la desgraciada suerte de la insensata mujer de Lot, no perdona medio ni diligencia alguna hasta conseguir el permiso para retirarse al convento de Santa Cruz de Coimbra, en cuyo pacífico asilo supone ha de poder respirar un aire puro y exento del humo pestilencial de la vanidad, de los aplausos, del atractivo de los

placeres sensuales. No se crea que había formado empeño de trasladarse á este punto con objeto de encontrar en él las comodidades que le negaba la corte; si en otra parte puede mortificarse mas, como llega á conocer desde el principio, si puede negarse mas completamente á sí mismo, si puede hacer una guerra mas activa á los enemigos interiores de su alma, al punto se trasladará allí: á todo está dispuesto, todo lo emprenderá con indecible gusto, todo lo ejecutará con un celo infatigable. Así es; pareciéndole que la aspereza del vestido, el rigor de las penitencias, la privación absoluta de todas las comodidades, y sobre todo la facilidad de derramar su sangre por amor de Jesucristo se encuentra mejor en la religion de san Francisco, se resuelve á entrar en ella sin vacilar un momento.

Qué ejemplo tan edificante, cristianos! pero qué confusion tambien para nosotros! Cualquiera que sea el estado y condicion en que nos coloque la Providencia, siempre hallamos pretextos para quejarnos de sus disposiciones; siempre tenemos algo que envidiar en nuestros hermanos. Y qué es por último lo que tan ardientemente deseamos? El aumento de nuestra fortuna, la mayor comodidad, el menor trabajo, el descanso posible, la abundancia, el regalo, el ocio, la molicie... ay! el vil fomento de todas las pasiones, como si estas de suyo no fueran bastantes á perdernos. Con una vida laboriosa, en medio de una escasa fortuna, faltos de alimento y cubiertos de un traje mas á propósito para resguardarnos del frio que para ostentar lujo y vanidad, resistimos difícilmente á la pasion, somos vencidos de ella las mas veces, caemos con mucha frecuencia en el pecado, y no obstante ansiamos todo aquello que sabemos ha de prestar nuevas fuerzas á nuestros enemigos, porque no puede ménos de resfriar el fervor de la caridad, y debilitar la energía de nuestras almas: todavia nos arrojamos con temeraria impetuosidad á los mayores peligros, y fomentamos la pasion para que nos venza mas fácilmente. Sí, por nuestra desgracia no esperamos á vernos en la ocasion, ántes que llegue nos apresuramos á encender voluntariamente el voraz fuego de las pasiones, para precipitarnos á él con mayor violencia y proporcionarnos mayor deleite. Infelices! no sabemos que nosotros mismos nos arrojamos en el volcan que ha de devorarnos. La mortificacion de los sentidos, la huída de las diversiones

peligrosas, la propia abnegacion, la maceracion de la carne se nos presentan como otros tantos espectros horribles, cuya enorme sombra nos estremece, y cuyo solo nombre nos aterra. Esta conducta, solemos decir, es propia de los santos, de ningun modo nos pertenece á nosotros, que nos contentamos con ser buenos cristianos.

Funesto error! engaño fatal! ninguna diferencia hay entre ser buen cristiano y ser santo. La santidad no es otra cosa que la observancia de toda la ley, y ninguno es buen cristiano sin observarla. Los cristianos pueden reducirse á dos clases; mejor dicho, de los cristianos unos son buenos y otros malos: los primeros son los que con propiedad se dicen santos, los segundos pecadores; de consiguiente todos los que no son santos son pecadores. Nuestro engaño está en que vivimos persuadidos á que la santidad consiste en ayunos rigurosos, en sangrientas disciplinas, en mortificaciones crueles, cuando la santidad no es otra cosa, segun acabo de decir, que el exacto cumplimiento de la ley. Si nuestro héroe se ejercitó por todo el discurso de su vida en una mortificacion tan austera, si se privó con tal rigor aun de las cosas mas necesarias, no fué en la suposicion de que en esto consistía la santidad, sino por conocer que era el medio mas eficaz de sujetar las pasiones que con tal empeño se oponen al cumplimiento de los deberes del hombre. De este modo acostumbró á su cuerpo á carecer de todos los gustos que le pedia, y á sufrir todas las incomodidades que rehusaba. En vano levantaban despues el grito sus pasiones; solo pedirle un lijero desahogo era suficiente motivo para negársele, y si se resentian del áspero rigor de la penitencia, encontraba en ello un estímulo para aumentarle. Pudiera muy bien asegurarse que las pasiones solo se conservaban en su naturaleza para fomento y perfeccion de la virtud, pues en fuerza de tan constante resolucion en contradecirlas adquirió aquella conformidad que constituye el carácter de los héroes, y por la que le era indiferente ó mas bien delicioso privarse de aquellas cosas que él tenia por conducentes á la perfeccion de la virtud, si el Señor lo disponia. Nada deseaba con mas ansia que derramar su sangre por Jesucristo, y al efecto enajenado de gozo por habérsele logrado al parecer su generoso deseo, emprende la marcha con direccion al punto en que creía hallaria muy luego la corona del martirio; pero el Señor, cuyos designios eran

diferentes, dispone por un medio que él no podía prever, que regrese á Europa. Y qué! ¿creeréis que al ver desvanecidas sus lisonjeras esperanzas se dejará arrebatado de la impaciencia, del disgusto; ni ménos que profiera una sola queja contra el árbitro de los destinos que así lo habia dispuesto?

Si me fuera permitido declararos el mérito, la grandeza, el heroísmo de su resignacion, os manifestaria al mismo tiempo cuán injuriosos son á Dios y cuán perjudiciales á nosotros mismos esos frecuentes ímpetus de ira é impaciencia de que nos dejamos arrebatado, volviéndonos insensatos contra Dios en el menor infortunio, en la mas leve desgracia, en el mas insignificante acontecimiento que no salga conforme á nuestro beneplácito. Qué confusion! cuando san Antonio y en general todos los justos se esmeran á porfía en ofrecer á Dios hasta el sacrificio de sus mismas virtudes, rehusamos nosotros ofrecerle el de la vanidad, el de la ambicion, el de la codicia, el de todos los vicios! Oh! no pudiera darse mayor insensatez; mas puesto que os presento un modelo de resignacion en san Antonio, procurád imitarle en lo sucesivo.

Hasta ahora hemos visto á este santo separado de toda sociedad, oculto en el retiro del claustro, privado de la comunicacion de sus mismos hermanos, por temor de que excitaran en su corazon algunos movimientos de orgullo los elogios que tributaban á las virtudes que no podia ocultar á su vista; mas el Señor le destina por el ministerio de sus superiores á difundir por el orbe cristiano los fulgentes rayos de la doctrina y de sus virtudes sublimes. Si consultamos su conducta anterior y le medimos por la regla comun, es de temer que reciba estas órdenes con digusto y repugnancia, pero es muy al contrario; en el momento desaparece su timidez, se desvanecen sus recelos, toma en la mano la brillante antorcha del Evangelio, enciende con ella el sagrado fuego de la ciencia divina en el corazon de sus hermanos, y siendo el claustro estrecho recinto para contener tan inmenso resplandor, se extiende por todas partes, ilumina á los que viven en el siglo, instruye á los ignorantes, conforta á los débiles, convierte á los pecadores, confunde á los herejes, destierra de allí los escándalos, hace que triunfe la virtud sobre los vicios que la tenian como abatida. Vedle que sale intrépido de su retiro y se presenta en el gran teatro del mundo para hacer una pública, pero humilde osten-

tacion de su sabiduría, de su celo, de su virtud, de su poder. A su presencia se rinde la naturaleza, se estremece la herejía, tiembla el infierno, todas las cosas en sus manos se convierten en gloriosos instrumentos de la Omnipotencia, en medios de manifestar que es hombre grande, verdadero sabio, héroe de la gracia, digno por sus virtudes y celo de ser el enviado de Dios para la grandiosa obra de la reforma del mundo pecador. Los brutos le obedecen, las enfermedades huyen al imperio de su voz, pierde su actividad el veneno, la muerte restituye sus presas, la iniquidad revoca sus injustas sentencias, el infierno le respeta, confundidos los herejes abjurán los errores y abrazan la verdadera fe, convencidos los mas obstinados pecadores se convierten á su Dios: los desiertos, las aldeas, las ciudades, las provincias, los reinos enteros se gozan en su compañía, aprenden su doctrina, presencian atónitos sus virtudes, participan de sus milagros, aprovechan su celo. El nombre y las maravillas de Antonio resuenan del uno y otro polo entre los mas justos elogios y las mas festivas aclamaciones.

Qué asombro! ¿es este, por ventura, el que tanto empeño manifestó en retirarse de la corte de Lisboa, por temor de que sus virtudes no pudieran ocultarse largo tiempo en el lugar que le vió nacer? Vosotros, cristianos débiles, que os avergonzáis de profesar en público la religion del Crucificado, y os retraéis de la práctica de la caridad Cristiana por evitar las sátiras é insultos de los impíos; vosotros que con tan insolente descaro haceis alarde de la disolucion, de la impiedad, de la venganza, del vicio, á despecho de los virtuosos que no pueden ménos de horrorizarse de semejantes desórdenes, venid, preparád vuestras lenguas de vívora, y publicád que Antonio es un hipócrita, un engañador, un orgulloso egoísta, enemigo de la tranquilidad y del reposo, un perturbador del orden; haced liga con los herejes pertinaces para conspirar contra su inocente vida; poned en accion cuantos recursos os sugiera vuestra perversidad; no importa, no lograréis rebajar un ápice su verdadero mérito para con Dios, porque se sacrifica por su amor, y para con los hombres á quienes edifica con su ejemplo. Antonio á pesar de su profunda humildad emprendió un género de vida tan brillante, porque sabia que esa era la voluntad de su Dios expresada por el órgano de sus superiores; porque estaba imbuído en las máximas del Evangelio, y conocia que no es suficiente

ser bueno para sí, sino que es preciso serlo para los demas; que no basta obrar el bien, sino que es necesario enseñar á obrarle con las palabras y con el ejemplo; en una palabra, que no solo debemos mortificarnos en secreto para sujetar las pasiones, sino tambien hacer públicas nuestras virtudes para edificación de nuestros prójimos. Por este medio consiguió nuestro santo la gloria inefable que hoy disfruta en compañía de Dios; y el mismo debemos emplear nosotros si queremos ser felices como él. Mortificar nuestros apetitos, crucificar nuestra carne, sujetar, contradecir á nuestras pasiones, llevar con paciencia las contradicciones y penalidades de la vida, resignarnos con los adorables decretos de la Providencia, obedecer ciegamente las órdenes de nuestros superiores, edificar á nuestros hermanos con la rectitud de nuestras costumbres, con la modestia en todas nuestras acciones, con la devocion en todas nuestras prácticas religiosas, y sobre todo con una verdadera humildad que separe de nosotros hasta la menor sospecha de hipocresia; hé aquí en resúmen lo que hemos de hacer para imitar de algun modo á san Antonio y participar de sus glorias.

Interponed, santo glorioso, todo el poder de vuestra mediacion con el soberano autor de la gracia, á fin de que nos envíe la que es necesaria para ser perfectos imitadores de vuestras virtudes, enemigos inexorables de nuestras pasiones, y observadores constantes de los preceptos evangélicos: alcanzad la benevolencia del Señor, especialmente para los devotos que por segunda vez os consagran estos solemnes cultos con un desinterés verdaderamente cristiano: pedidle que remunere su generosa piedad aumentando, si conviene, los bienes de naturaleza y de fortuna; y franqueando á ellos y á todos los cristianos los tesoros de su gracia y de su gloria. Amen.

DISCURSO

PARA EL DIA

DE SAN ANTONIO DE PADUA.

(DE TRONCOSO.)

In medio populi sui exaltabitur, et in plenitudine sancta admirabitur.

Será ensalzado en medio de su pueblo, y admirado en la plena congregacion de los santos.

Ecci., c. 24. v. 3.

La divina Providencia que vela incansable sobre la iglesia de Jesucristo, ha suscitado en todos los siglos seres portentosos, que en proporcion de los males que la afligian la prestasen los mas ilustres servicios, y la devolviesen todo el brillo de que la despojaron los fétidos miasmas del error y de la impiedad. Con dificultad podrá hallarse en toda la historia un siglo mas fecundo en errores, que el siglo XIII. La Europa entera se resintió de los males sin cuento que amargaron el corazon de la esposa inmaculada del Cordero. Cuanto de impuro y escandaloso produjeron en su tiempo los Arrios, los Nestorios y los herejes todos que con saña inaudita se ensangrentaron contra la religion del Crucificado, cuando aún estaba casi en la cuna, vióse reproducido en la epoca de que venimos hablando. Aquí los Guillemos de Sancto Amore escriben contra los órdenes religiosos. Allí los Fraticellos con su jefe Hermanno condenan la continencia conyugal, y enseñan que las mujeres deben ser comunes. Por una parte los fanáticos flagelantes pretenden abolir el sacramento de la penitencia, sustituyéndole la disciplina sangrienta, y se anuncian mártires de la verdad. Allí los